

UNA CASA HEREDADA, UN SECRETO, UN TIEMPO ESCONDIDO.

LISA-MARIA
SEYDLITZ

Hijas del verano

NOVELA

A través de una carta anónima, Juno descubre que su padre le ha dejado en herencia una casa en la Bretaña cuya existencia ella desconocía. Contrariamente a lo esperado, Juno no es la única interesada en la casa: en esta vive ahora Julie, una camarera francesa que recibe a menudo la visita de su vecino, Jan, un arquitecto alemán. Juno viajará a la Bretaña, donde deberá mirar atrás para comprender la verdad sobre su familia y su pasado, sobre la historia oculta que se escondió durante demasiado tiempo bajo una aparente infancia feliz. Juno rescatará aquel momento en que todo cambió, aquel secreto que alteró, sin ella saberlo, su vida para siempre. Empieza el verano, empieza una nueva vida.

PARA MARLENE

MI PADRE DEBE REGRESAR HOY. Desde hace una hora esperamos entre girasoles y dedaleras en el jardín. Mi madre camina en círculos por el jardín y con las sandalias pisa cerezas caídas, unas irregulares estrías rojas le marcan los tobillos. Una y otra vez sube las escaleras que llevan a la casa, se queda de pie en el umbral y escucha si suena el teléfono. Hace mucho que se han derretido los cubitos de hielo de la jarra de agua que hay en la mesa del jardín. Mi madre me ha peinado y me ha sujetado el pelo bien fuerte hacia atrás, el flequillo recién cortado se me pega en la frente. Mi madre ha comprado vestidos nuevos, rojo con topos amarillos para mí, para ella blanco. Por la tarde, después del trabajo, seguía en la ciudad, buscaba lo correcto para hoy. Se alisa el vestido y me mira. Estoy sentada a la mesa, juego con las orugas. Los pulgares y los índices forman ángulos rectos, no hay escapatoria para las orugas.

Mi madre y yo buscamos con la vista, miramos más allá del campo que empieza justo detrás de nuestra casa, pero sigue sin haber nada, ni un soplo de viento, ni un movimiento, ni un coche. Un par de veces voy al portón, trepo al poste, apoyo la mano plana en la frente como hacen los marineros. «Deberíamos haberle recogido –dice mi madre, con los brazos apoyados en los costados y unas gotas de sudor surcándole la frente–, deberíamos haberle recogido –repite la frase–, deberíamos haber ido a buscarle en tren y traerlo». Me estira el vestido con las manos, lo sacude como si me hubiera manchado.

El cielo sigue de un azul brillante cuando la furgoneta cruza el portón y gira en el camino de gravilla. Todos los

cristales están bajados, el codo de papá sobresale de la ventanilla.

La puerta se abre. Mi padre sale y yo echo a correr. Él abre los brazos. «Hola –grito, y entonces me quedo pegada en su pecho–, por fin vuelves a estar aquí». Noto cómo asiente, su mejilla en mi mejilla. Cierro brevemente los ojos e inspiro su aroma, que tanto he echado de menos. Él me aparta, me mira. «Bueno», dice. Mi madre llega y abre el maletero, saca la maleta de cuero y, cuando mi padre vuelve a dejarme en el suelo, mi madre está junto a nosotros y le da un beso en la mejilla. «Por fin», dice ella y le abraza. Rodeo el coche, en el maletero hay una maceta. Las cabezuelas de un intenso azul claro cuelgan del tallo. Trepo al maletero, se me clavan granos de arena en las rodillas, primero tiro de la maceta, después la empujo, se vierte tierra por el borde como el agua que se sale al hervir. Cubre la esterilla del maletero y, de golpe, la maceta vuelca. Un ruido sordo y yace en el suelo, en dos trozos, un corte limpio. Mis padres se vuelven, mi padre contempla la flor, mi madre menea la cabeza. «Os he traído eso», dice él.

Dejamos las ventanas cerradas todo el día, así intentamos mantener el calor fuera de casa.

Mi padre recorre el pasillo irritado, mira los nuevos cuadros de la pared. Todo lo que había antes colgado, carteles de exposiciones, un calendario y fotografías de paisajes que procedían de sus viajes juntos antes de que yo naciera, mi madre lo quitó y lo tiró a la basura. Los tres últimos domingos su despertador sonó a las seis. Se levantaba, se recogía el pelo en un moño y se dirigía con la bicicleta a los mercadillos de los alrededores. Ya hacía rato que había regresado cuando yo me levantaba y había traído marcos viejos y cuadros. Más tarde, se arrodillaba en la terraza con un pañuelo en la cabeza. Con una esponja en la mano, limpiaba y sacaba brillo a los marcos, un

agua teñida de gris bajaba por los escalones hacia el jardín.

En el salón mi padre se queda de pie. Mi madre y yo hemos dejado una pared libre y hemos arrastrado los muebles al centro de la habitación. Ella ha comprado colores claros, blanco y *beige*, ha preparado rodillos y tamices, y ha juntado hojas de periódico. Al lado ha puesto telas y ribetes. Dice que quiere coser cortinas y rodea con los brazos el torso de papá. Se ha tomado los próximos días libres y, por primera vez, ha contratado a una sustituta para la librería. Mi padre pasa la mano por el papel pintado. «Empecemos de nuevo –dice mi madre–, lo he preparado todo».

ES UN DÍA DE JULIO cuando encuentro el sobre blanco nacarado en mi buzón.

Me desplazo con mi bicicleta a través del calor, que centellea en los cruces. El sudor se me acumula en el pelo y me baja por la espalda. Los colegiales se dirigen hacia la piscina y delante del café se agolpan hombres trajeados y universitarios. Me desplazo con mi bicicleta a través de la ciudad, como siempre sin tener cuidado con los coches ni esquivar a los peatones. Pienso en comprarme un ventilador, pero seguro que los ventiladores ya se han agotado hace días en las tiendas. Voy a casa para ducharme, cambiarme de ropa y regar las flores en la parte umbría de mi piso.

Me alegro del frescor que me recibe entre las paredes alicatadas del pasillo del edificio. Abro el buzón. En realidad, solo recibo correo cuando encargo por internet algo que no encuentro en ninguna tienda de la ciudad. Cuando veo el sobre con el sello francés, pienso que el cartero se ha vuelto a equivocar y ha metido una carta para la vecina en mi buzón. Pero leo mi nombre, giro el sobre y le doy la vuelta, no encuentro remitente, solo mi dirección, mi nombre, escritos con tinta en un papel blanco nacarado. Solo miro el sobre entre mis manos mientras subo las escaleras, casi me tropiezo con la vecina.

«Querida Juno: La casa está vacía desde hace mucho tiempo», así empieza la carta, letras titubeantes, apenas una página de largo. Además hay una foto Polaroid en el sobre, muestra una casa de pescadores blanca con contraventanas de madera marrón y un tejado rojo; delante hay un manzano. En el margen blanco de la imagen hay anota-

da una dirección francesa y el nombre del pueblo: Coulard.

Cierro las cortinas y me siento a la mesa de la cocina, como si tuviera miedo de que alguien pudiera observar cómo me entero de un secreto del que solo yo debo estar al corriente.

Si quiero vender la casa o reformarla y alquilarla a los turistas, leo, la letra parece insegura, como si las letras y las palabras no supieran si de verdad encajan juntas. Una casa tan deshabitada no mejora en ese lugar, la pintura de las contraventanas se desconcha, todo se desmorona. Las líneas no están firmadas.

No conozco el lugar en el que debe de estar la casa. Enciendo el ordenador y busco la dirección en internet. La imagen por satélite muestra un par de calles y casas en una costa azul. El mar se adentra en la tierra, desemboca en una cuenca y se convierte en un río. En una bahía algo apartada hay botes, pequeños y blancos, más hacia el interior campos y terrenos verdes. Intento acercar la imagen, captar la casa bien de cerca, pero cuanto más me acerco al lugar, más borroso se vuelve todo.

No sé nada de una casa, y de Francia conozco poco más que el idioma y lo que aprendí en el colegio. Vuelvo a leer la carta una y otra vez, leo las palabras en voz alta. Una Polaroid, pienso, solo los nostálgicos siguen fotografiando con una cámara instantánea.

Por la noche estoy despierta en la cama, no concilio el sueño. En las casas de enfrente aún queda alguna luz aislada. La pantalla digital del radiodespertador muestra 3:17 en rojo brillante.

Me levanto y voy al baño. Dejo correr agua fría en la bañera y me meto, me sumerjo hasta que ya no tengo más aire y me vuelvo a enderezar jadeando. Me envuelvo en una toalla y me siento en el balcón con el pelo mojado, enciendo una vela. El calor del día anterior todavía sigue

entre las casas. A la luz de la vela, la casa de la Polaroid parece de cuento.

MUCHO ANTES DE QUE MI PADRE pasara cuatro meses en una clínica, dejamos de cenar juntos. Hoy, el día en el que cruza el portón con nuestra furgoneta, es la primera vez desde hace mucho tiempo que se vuelve a poner la mesa redonda de la cocina para nosotros tres, con servilletas de tela y el candelabro grande. Mi madre se ha limpiado las salpicaduras de jugo de cereza de los tobillos. Su mirada se pasea escrutadora de la mesa al fogón y viceversa.

El sol vespertino brilla a través de la ventana de la cocina. Mi padre levanta la tapa de la olla, un aroma especiado recorre la habitación. «Tu sopa preferida», digo. Él dice que tiene mucha hambre, y hace mucho tiempo que no dice eso. Nos sentamos a la mesa y, mientras él y yo nos tomamos la sopa, mi madre ha apoyado la barbilla en la mano izquierda y nos observa. Nos mira como una madre mira a sus hijos que por primera vez se comen todo su plato de verduras. Solo cuando pedimos una segunda ración, mi padre con un fideo en la comisura de la boca, y ella ha repartido sopa una vez más, empieza a tomar su ración y muy despacio vacía el plato a cucharadas.

Más tarde, nos sentamos a la mesa en el salón. Hay vino tinto para mi madre; para mi padre y para mí, limonada recién hecha con cubitos de hielo. Me gusta romper los cubitos con los dientes, me gusta el sonido sordo que se forma en mi cabeza al hacerlo. Mi padre juega con el tulipán que hay encima en la mesa, con las manos empuja el polen caído formando finas líneas. A veces mi madre se levanta, sus sandalias repiquetean en el suelo de madera, se pone junto a la ventana y mira hacia el jardín. Solo ocasio-

nalmente aparecen tras los setos los faros de los coches que se dirigen a la ciudad. Tiendo los pies hacia mi padre y los pongo en su regazo, él me masajea los talones como siempre ha hecho. Mi madre nos observa. Entonces le dice que ha estado pensando, que tiene una idea para su cumpleaños, que sería bonito que él pudiera pasar su cumpleaños con nosotras. Aún no quiere revelar la idea, debe ser una sorpresa. Me mira y asiento, digo: «Exacto, una sorpresa», aparto las manos de mi padre de mis pies. Él toma un sorbo de limonada y dice: «Me alegro mucho de volver a estar con vosotras». Acaricia a mi madre en la mejilla con el dorso de la mano. «Una sorpresa», repito, y me acuerdo de cómo mi madre trajo a casa farolillos y yo le pregunté qué celebraríamos.

Mi padre dice que mañana quiere plantar la hortensia delante de casa, donde está la maceta rota, quizá junto a la terraza, sería bonito poder verla desde ahí, dice con un tono de pregunta en la voz. Creo que vuelve a estar bien, y me olvido de las palabras de mi madre que ha murmurado para sí una y otra vez durante los últimos cuatro meses.

Estoy cansada. Cuando entro en el salón una vez más en pijama, delante de mi madre sobre la mesa hay un libro abierto. Ella levanta la vista y dice que ahora todo irá mejor. Cuando me voy a mi habitación, veo a mi padre en el baño, se limpia los dientes, se pasa la mano por la barbilla y la barba, que lleva más larga que nunca.

LA POLAROID ESTÁ PEGADA con celo en el salpicadero delante del asiento del acompañante. La dirección que hay en ella me la he grabado en la memoria, me la repito continuamente como un mantra. En el asiento del acompañante hay un mapa en el que he marcado la ruta con un rotulador rojo. En forma de ángulo recto, lleva de Alemania a la costa atlántica francesa. En la autopista sigo intuitivamente los letreros en dirección noroeste, en ningún momento miro el mapa.

Hace cuatro días estuve por primera vez en casa de mi madre a causa de la carta. Llamé al timbre y subí las escaleras con la bicicleta al hombro, no quería dejarla delante de la casa o en el pasillo. Es una bicicleta de carreras azul turquesa con unas letras doradas en el cuadro, ahorré durante mucho tiempo para tenerla. Dejo la bicicleta en el pasillo del piso, donde siguen junto a unas bolsas sin deshacer un colchón hinchable y una cesta; en medio, en el suelo, finos rastros de arena. Desde hace algún tiempo, mi madre se va regularmente de vacaciones. Mete ropa para Anna, ella y su novio en una bolsa, lleva el coche a revisar al taller y me deja un mensaje en el contestador. «Nos vamos dos semanas, espero que te vaya bien». A veces, después recibo una postal desde España, Italia, Noruega. De Francia aún no he recibido nunca nada.

«¿Es necesario, las ruedas sucias?», dijo mi madre a modo de saludo. Su rostro normalmente pálido tenía un poco de color. Me preguntó si ya había recibido la postal de Croacia. «He recibido esto», dije y puse el sobre en la mesa de la cocina, la Polaroid al lado. Mi madre preparó café, después tomó la carta primero y leyó. Cuando termi-

nó, se quedó un buen rato mirando la Polaroid. Dijo que no sabía quién había escrito la carta, que no sabía qué se supone que es, qué significa, meneó la cabeza una y otra vez, y se puso leche en el café, añadió una cucharada tras otra de azúcar, tras el primer sorbo torció el gesto y apartó la taza. Mi madre me preguntó si quería galletas. No me gustan las pastas dulces, ya hace tiempo que no me gustan. Me preguntó si quería comer. Ya había comido. Se levantó y miró en la habitación contigua si Anna seguía sentada entre las piezas de construcción. Conté los platos pequeños del armario, ya no había tantos como antes, cuando todavía trabajaba todos los días en su librería, donde no solo recomendaba libros a sus clientes, sino que también servía comidas entre las altas estanterías. A veces, cambiaba la vajilla. Siempre adquiría nuevos platos y cuencos en el mercadillo, y, cuando finalmente decidía que no pegaban en la tienda, los traía a casa y comíamos en ellos.

Mi madre se quedó de pie en la puerta de la cocina. Le pregunté por la carta, y si reconocía la letra, si la dirección le decía algo, si teníamos familiares en Francia de los que yo no supiera nada, si mi padre tenía algo que ver en eso, sus continuos viajes de trabajo. Negó con la cabeza. Que no conocía ninguna casa, eso ya lo había dicho, ella no sabía dónde estaba ni desde cuándo me pertenecía.

Yo sabía que mi madre no decía la verdad. Me levanté de la mesa y vacié el café restante en el fregadero.

NUESTRA CASA TIENE una piel oscura de madera. En algunas partes crece hiedra verde bosque y deja zonas claras que mi madre maldice cuando recorta las hojas. Alrededor de la casa hay un gran jardín rodeado por un seto. El seto no es especialmente alto. No tenemos que protegernos de las miradas curiosas de los vecinos, hasta la siguiente casa hay más de cien pasos. Solo a veces se pierden ante nuestra puerta excursionistas de fin de semana o jubilados en bicicleta. Se quedan en el camino de gravilla y, si alguno de nosotros está trabajando en el jardín, preguntan por la ruta más bonita por los campos y el bosque, preguntan si hay corzos que puedan observarse con prismáticos, preguntan en qué lugar ya hemos encontrado moras.

Desearía una hermana, pero también aceptaría un hermano. Alguien con quien poder hacer ruido en esta casa, montar guerras de almohadas, construir una casa en el árbol. A veces hago la pregunta en voz alta. Se queda quieta en la habitación y pasa mucho tiempo hasta que recibo una respuesta. Cuando seas mayor y puedas cuidar de hermanos. Cuando tu madre no tenga que trabajar tanto en la librería. Cuando hayamos decidido qué habitación puede tener el bebé. Si tu padre no tuviera que salir de viaje tan a menudo. Cuando tu padre esté mejor. Cuando sea verano. Las respuestas me dicen poco, aunque signifiquen que tienes que aprender a compartir. Entonces ya no serás la única. Entonces ya no podremos permitirnos tantas cosas. Entonces ya no podremos irnos de vacaciones. Además, hasta ahora solo hemos ido una vez de viaje con la furgoneta, de viaje de verdad, con paradas en esta-

ciones de servicio en la autopista y provisiones en grandes fiambreras, a la ida con noche en un hotel en cuyo sótano había una piscina. En avión o en tren nunca fuimos a ninguna parte.

Espero a construir una casa en el árbol, a aprender a compartir, a ya no estar sola.